

made man", tan culto como despampanante en sus opiniones. Sus juicios literarios desconciertan y hacen pensar.

Menos trabajados consideramos los bocetos sobre el P. Monge y Bernardo Cruz. Este último debió haber sido el broche de oro del libro, que realmente lo merece. Es la vida del hombre que sabe que tiene un mensaje de belleza y debe comunicarlo, pero no puede descuidar su misión sacerdotal por la complacencia estética. Poco afortunada y de difícil redacción su carta al autor, y mal citado el "Noli timere" del episodio de Jesús sobre las aguas, tal vez por licencia de escritor.

Nos habría gustado encontrarnos con alguna selección de trozos en prosa o verso de tan refinado artífice de las letras, privilegio que sólo obtuvo don Juan Rafael Salas Errázuriz. Así habría quedado flotando un halo de poesía auténtica, como un salmo bíblico, sobre este litúrgico desfile de obispos, sacerdotes y frailes.

Luis Urzúa U.

<https://doi.org/10.29393/At399-1TPMR10031>

Tres países del mundo socialista: La Unión Soviética, la Democracia Popular Alemana y Yugoslavia. por ALBERTO BALTRA CORTÉS.
Ed. del Pacífico / Santiago, 1962

Tal vez podrá pensarse con criterio ortodoxo que estas reflexiones escapan de un comentario de libro. No opinamos así, creemos que una obra es, realmente, cuando incita a meditar temas que trascienden los que ella propiamente contiene. Este es el caso del libro de Alberto Baltra: *Tres países del mundo socialista*.

Nos hemos acostumbrado a aceptar una suerte de determinismo geográfico: Chile, rincón del mundo, marginado del ecúmene. "Entre nieve y mar, con toda el alma, nos damos contra un rumbo ya tapiado", dice Fernando Alegría, en uno de sus poemas publicados en un disco a fines del año pasado. Es la idea de un fatalismo telúrico; tierra larga, angosta, enferma de temblores, deshaciéndose en la precariedad geográfica. La tierra y su habitante precipitándose inevitablemente hacia el océano y su cementerio de sal marina . . .

¿Es legítima esta actitud?, y, por último, ¿hasta qué punto es verdadera?

Durante el siglo XIX, y aún antes, el chileno formó su colectividad enfrentando con éxito el desafío de su suelo. Chilenos eran los que monopolizaban el comercio del Pacífico, y chilena era también la moneda que circulaba en gran parte de la Oceanía. Fueron, asimismo, gente de esta tierra participantes en la enloquecedora gesta de California.

Sólo más tarde, en pleno proceso de estancamiento, camino de la frustración, el chileno parece hundirse, aplastado por la tierra "madrasta", cumpliendo un destino irrevocable; triste olvido de sí mismo y del mundo.

En nuestro siglo, debido al extraordinario avance de los medios de comunicación, han aumentado los contactos entre los pueblos, los que, unido

a la creciente importancia del Pacífico, han reducido el aislamiento geográfico de Chile. Sin embargo, se insiste en ello y debemos aceptar, que en varios sentidos, vivimos este aislamiento. Como en un submundo existimos, creado por dos fenómenos íntimamente relacionados: uno de orden externo, el otro, de orden interno.

El primero es consecuencia de la situación internacional, que ha hecho de la relación de un pueblo supradesarrollado con pueblos infradesarrollados, una relación peligrosa; semicolonial. Así vemos que la aplicación de la doctrina Monroe, ciento cuarenta años después de enunciada, nos sustrae del suceder del mundo y quiere aislarnos, por propia conveniencia, de los cambios que justamente caracterizan nuestro tiempo.

El segundo, se refiere a esa minoría, grupo privilegiado que en nuestro país, como en muchos otros de esta América, posee el poder económico; el dominio de las finanzas, de la tierra y de la banca y que, inevitablemente, en el ineludible proceso de concentración del poder económico tiende a dominar los principales medios de información, para así defender sus privilegios¹.

De tal modo que en este momento la ignorancia del mundo que sentimos o intuimos, no se debe a la geografía sino a la historia, a cierto estadio histórico, que es perfectamente modificable.

Por estas razones es que actualmente en nuestro país el saber del mundo nos lo traen los libros, medio de lenta elaboración, pero de mayor responsabilidad. No hay revistas nacionales que satisfagan la curiosidad que poseemos, con un mínimo de objetividad. Hay un mundo castigado por el olvido, en el que sólo el libro es nuestra posibilidad. Así sucedió con la obra de Luis Oyarzún, *Diario de Oriente*, y así sucede ahora, con la del profesor Alberto Baltra.

Baltra es un ensayista estudioso, serio, de inobjetable honestidad intelectual, que hace meritoria sus publicaciones.

La obra de Alberto Baltra contiene, en menos de doscientas páginas, meditaciones y elaboradas impresiones viajeras del autor de su estada en tres países socialistas: Unión Soviética, Democracia Popular Alemana y Yugoslavia.

Cien de ellas están dedicadas a la URSS, en relación a una permanencia más prolongada, la que le permite ofrecer una información más completa de ese país en que se vive una experiencia socialista de más de cuarenta años. El título de algunos de los trece capítulos revelan variedad de observaciones: el nivel de vida, el teatro, el ballet y la ópera, los derechos humanos, el Mar Negro, etc.

En el interesante capítulo referido a los derechos humanos vale la pena detenerse, pues es uno de los temas más controvertidos, muy en especial el de la libertad. Dice el autor: "La democracia sólo es verdadera cuando los derechos humanos se encuentran real y efectivamente garantizados. Tan importante como la proclamación de los derechos del hombre es que en la práctica, se den las condiciones económicas y sociales que aseguren su

¹Ricardo Lagos: "La concentración del poder económico".

ejercicio a la mayoría ciudadana, de tal modo que tales derechos no sean simples declaraciones retóricas ni favorezcan sólo a una minoría". La Constitución política de la URSS asegura el derecho al trabajo y a una remuneración justa, derecho al descanso, a la instrucción, etc.

Referente a las libertades llamadas individuales, la exposición del autor es realmente admirable por la claridad y ponderación, basada en experiencias personales o referencias de autores. Con respecto al control de la prensa, reconoce que ésta existe, pero en manos de asociaciones de carácter sindical o estatal, y, luego, se pregunta: "Pero, en nuestros países ¿los órganos de difusión no están también controlados?"; agrega, remitiéndose a la autorizada voz del sociólogo norteamericano Wright Mills, recientemente fallecido, "toda la prensa está controlada. El problema consiste en saber cómo está controlada y en qué medida".

¡Cuánto se ha dicho sobre la libertad de opinión y qué de falacias no se han acumulado sobre los países socialistas! Citemos a Baltra en una breve pero interesantísima reflexión: "¿de qué le sirve la libertad de opinión al que, por falta de cultura, no tiene opinión? ¿De qué le sirve, por ejemplo, a los 50 millones de adultos analfabetos que hay en América Latina?"

Las páginas que el profesor Baltra nos entrega de sus observaciones de Alemania son excelentes, y tal vez más útiles por ser menores los accesos que tenemos a fuentes informativas de ella. Como es una de los lugares estratégicos de la geopolítica contemporánea importa ocultar su realidad. Se puede obtener, en este ensayo, una muy clara exposición sobre la muralla que divide Berlín.

Las impresiones sobre Yugoslavia son de menor vigor y más escuetas. Sin duda, desde un punto de vista estratégico, se debió invertir el orden de los países, para obtener una lectura mejor, en la que el interés fuera siempre en aumento.

Todo lo que podemos esperar de este libro es que tenga una profusa divulgación, y que sirva, ojalá a muchos, para ubicarse en nuestro tiempo y así puedan concebir que los pueblos, cualquiera que sea el régimen político y económico que elijan, poseen una conducta cotidiana, esencialmente semejante.

Mario Reinero S. M.